ALFONSO MUÑOZ DE DIEGO

AMOR ESCLAVO

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

A los distinguidos compañeros de la redacción de "Crónicas del Arte".

El Autor

Oviedo – 18 Marzo 908.

AMOR ESCLAVO

AMOR ESCLAVO

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFONSO MUÑOZ DE DIEGO

INSPIRADA EN UNA NOVELA DE SAND

Estrenada con ruidoso éxito en el TEATRO CELSO,
en Oviedo, la noche del 17 de Julio de 1907



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

PERSONAJES

El Coronel Andrade. Viejo militar retirado en el que hay aún restos de la gallardía moza; frente calva, bigote gris y mirada terrible; amo excelente, pero de carácter ágrio y ordenancista.

Ana María. Hay en la lozanía de sus años y de su belleza, el tinte melancólico de los sufrimientos.

Cristóbal de Rímini. Figura unos veintiocho años. Esbelto, frío, bañado en la melancolía de quien ha vivido mucho la vida, gustando todos los dulzores y todas las hieles, todos los placeres y todas las amarguras.

Augusto Valle. Apuesto, fogoso, exaltado y donjuanista.

Señora de Azulmar. Madura y opulenta de carnes.

Clara Castañar. Jovencita ingenua y mimosa.

El Padre Miguel. Párroco del pueblo, vestido sencillamente. Hombre grueso; rostro arrugado, aunque conservando frescas pinceladas de juventud.

Un criado.

ACTO PRIMERO

Hay el manso, voluptuoso esplendor de la tarde otoñal, sobre el encaje verde, dorado, sembrado de flores rojas, que se desmaya sobre la terraza suntuosa.

El Coronel Andrade está reclinado sobre la baranda de la terraza, acariciando los cañones de su cazadora. Ana María, esposa del Coronel, borda afanosamente. Cristóbal de Rímini, sentado cerca de Ana María, saborea un pitillo, acariciado perezosamente por el movimiento lento de su mecedora.

ESCENA PRIMERA

ANA MARÍA, EL CORONEL y CRISTÓBAL

COR. ¿No puedes abandonar ya la labor?

ANA (Sin levantar la vista.) Todavía hay luz.

COR. No importa. Vas á dejar los ojos sobre esos trapos. ¡Ah! Además tengo que decirte una cosa.

ANA ¿A mí?

COR. Á tí, si. Es una cosa que te gustará de seguro. Sabrás que para proporcionarte alguna distracción, he convidado á comer mañana á uno de tus adoradores. ¿No sabes á quién?

ANA ¿A nuestro pobre párroco?

COR. ¡No, por Dios!

ANA Entonces á D. Bernardo, el médico?

COR. Tampoco. Veo que no aciertas y no es estraño... Son tantos los que te adoran... Vamos, Cristóbal, dí á tú prima el nombre que quizás esté estallando en los labios y no se atreve á decir.

CRIS. Querido Coronel, creo que no es necesario tanto misterio si se refiere usted á Augusto Valle, ya que á mi prima le será indiferente...

ANA Tan indiferente como esa chanza sin finalidad.

COR. ¿Chanza? Al contrario; es cosa muy seria.

ANA Es que si no lo dijeses tan serio me darían ga-

nas de reir. ¿Traer á tú casa al hombre á quien estuviste á punto de matar como á un bandido? (Lentamente.) ¡No sé si los dos sabreis olvidar...!

COR. (Con reprensión ligeramente burlona.) Es que tú me diste el ejemplo, amiga mía, esposa mía, acogiéndole *muy bondadosamente*, en casa de la señora de Azulmar.

ANA (Con sequedad.) Aquella visita no fué para él.

COR. (En tono imperioso.) ¿Será posible que intentes negármelo, que intentes ocultármelo?

ANA Mira: si me enseñas rabiosamente los dientes no me importará gran cosa. Si me niego á explicarte con franqueza lo que deseas, es únicamente por lo que envuelve y significa tú pregunta; es únicamente para convencerte de que no tienes derecho á dirigírmela.

COR. ¡Como que no tengo derecho!

CRIS. (Levantándose y deteniendo al Coronel.) ¡Por Dios! No riñan ni se disgusten por pequeñeces. Acostúmbrense á que las pequeñas llagas no les hagan gemir como las grandes heridas.

COR. Pero, Cristóbal. ¿Quién es el dueño aquí, élla ó yo?

ANA Eres tú. Pero así tú papel es el del *señor* y el mío el de la esclava. Puedes, si quieres, atar mi cuerpo, ligar mis manos, disponer de mi toda, toda entera... Ahora que sobre mi voluntad, (Con ironía.) dueño mío, señor mío, nada puedes. No tiene el alma timón para gobernarla, ni bridas para enfrenarla, ni prisiones para atarle el grillete.

COR. Cállate ya. Esas locas frases de novela me dan asco.

CRIS. Ana María, habla, explícate, yo te lo mando.

ANA Bueno; ya que os empeñais, he de deciros que no me negué en verdad, á saludar á Augusto. Al contrario; tuve para él todas mis atenciones. Recordaba la noche en que por tú culpa le vimos ensangrentado, y su caballerosidad para tí, para tí que pudiste haberlo matado con tú precipitación. Recordaba su generoso proceder, y sin saberlo, mis palabras brotaban suaves, acariciantes, como manantial de consuelo que lava las heridas recientes, entreabiertas aún...

COR. Basta, no debes tampoco excusarte tanto. A mi, después de todo, no me parece malo, y además una vez que su buena madre ha puesto tanto empeño en reconciliarnos. Augusto, es cierto, ha tenido en éllo mucho deseo y como no soy

tan feroz como dices y no soy ciego para ver todas sus atenciones de hoy, procuro corresponder y pagar en la misma moneda.

CRIS. ¿En la misma moneda?

COR. En la misma moneda le pago, siendo desde ahora un buen amigo suyo. Así esta mañana estuve en su posesión. Me enseñó la casa, que es rica y elegante, sin esas ranciedades de la antigua nobleza. Después de todo hay que convenir que Augusto Valle, aunque algo loco, es bueno, y le he invitado á que viniese mañana á pasar el día con nosotros.

CRIS. Siempre creí, Coronel, que el corazón tiene un inagotable manantial para el perdón, que todo lo lava, que todo lo olvida.

COR. ¡Ah, si, Cristóbal! Pero no así en absoluto, no en todos los casos, no en todos los momentos.

CRIS. Desde luego. Mucha piedad si, pero no para resucitar al calor del pecho la serpiente de la fábula que, al revivir, pueda clavar su veneno en el corazón. Al hablar de piedad yo no lo hago para echármelas de filántropo, sinó porque el egoismo bien entendido nos lleva á hacer bien á los hombres, para no dejarles que nos hagan daño. Poco quiero á los hombres, pero nunca cometería la quijotada de demostrarlo, porque les temo tanto como les desprecio.

COR. (Levantándose y cogiendo su escopeta.) Si, amigo Cristóbal, te explicas algo confusamente para mí, pero borrosamente vislumbro que debes llevar razón. En fin; no entiendo ni quiero entender nada de tus extrañas elucubraciones. Prefiero ahora no desperdiciar el tiempo olvidando mis tiros á esos chillones y revoltosos vencejos. Mira allí, junto al cenador, como recalan volando á ras de tierra, y como curvan para hacer blancos difíciles. Os dejo; pero, Ana María, (Con celo-a chanza.) para que sigas en tú manía de que soy un celoso brutal, casi un señor feudal de tú corazón, voy á decirte que al entretenerme en mis tiros he de tener tiempo todavía para pensar en tí y en Cristóbal.

ESCENA II

CRISTÓBAL y ANA MARÍA

CRIS. (Mientras Andrade va descendiendo por la escalinata.) Parece que no le falta el humor. En fin, prefiero reir á que riñésemos discutiendo.

ANA Ibas por ese camino y ya sabes lo aprisa que marcha por él, soltando el freno á sus nervios y á sus brusquedades.

CRIS. Haces mal en agriar tus juicios contra el Coronel. Es un hombre de honor, un hombre de bien...

ANA ¿Pero quien te dice lo contrario?

CRIS. Tú misma, tú misma sin quererlo. Tú tristeza, tú estado enfermizo, dicen á todo el mundo que no eres dichosa.

ANA Calla Cristóbal. Vas demasiado lejos. Yo no te he permitido que sepas tantas cosas.

CRIS. Comprendo que te molesto, pero yo no soy hábil, no quiero ser hábil; detesto las sutilezas de lenguaje; tengo muchos puntos de contacto con tú marido. Otro te hubiera hecho comprender dorando y puliendo la frase, el pensamiento que acabo de expresarte tan torpemente y hubiera logrado ganarse tú corazón... que se endurece y se cierra para mi. Las palabras tienen más fuerza que las ideas en los corazones femeninos, pobres corazones que son espejos en los que hiere y se graba todo lo brillante, lo fugaz, lo fácil... Estás hoy triste, irritada contra tí misma, sin conocer tú mal, pero sin embargo creyéndote la más infeliz de las mujeres.

ANA No, Cristóbal, no. Tengo el mundo delante y hay en él tantas desdichas que todavía encuentro ojos que me miran desde abajo, con lumbre de envidia. (Se oye lejos la bocina de un automóvil. Cristóbal se acerca á la balaustrada de la terraza.)

CRIS. Es la señora de Azulmar. Traen el automóvil blanco. El 10-15.

ANA (Levantándose, mirando al jardín.) ¡La señora de Azulmar! ¡Ah, viene también Clarita Castañar! ¡Que gentes más felices! Siempre distraídas con sus reuniones y sus amigos, si corteses y amables tan frívolos... Y sobre todo, más que frívolos, tan fríos... tan afectados... tan falsos...

CRIS. La señora de Azulmar no puede prescindir de su mundo. Es su elemento y no podría vivir si la sacasen de él. Yo se lo advertía el otro día con una pregunta: «¿Qué sería de usted, si le faltasen los queridos thés en el palacio de Squirna y las amables reuniones del Casino.» Y élla hizo un gesto tan estraño y tan cruel, cual si mirase aquella vida absurda y sin embargo tan corriente, en que no hay amables thés entre los tapices

de Squirna ni reuniones sobre las blandas alfombras del Casino...

ANA (Sonriendo) ¡Es famosa! Mira: ahora están parados mirando el invernadero. Ahora vienen hacia aquí. Mira ahora hacia allí, en el claro que hace el plantío de acacias... Ya nos vieron. Voy á llamarles. (Saludando con las manos y levantando la voz.) ¡Clara!... Por aquí... (Sale al encuentro de los que llegan.)

ESCENA III

ANA MARÍA, ANDRADE, CRISTÓBAL, SEÑORA DE AZULMAR y CLARA CASTAÑAR

ANA (Abrazando á la señora de Azulmar.) ¡Señora mía! (Dirigiéndose hacia Clara Castañar.) ¡Clarita de mi alma! (La besa.) (Cristóbal las saluda estrechándoles la mano.)

AZUL. Y tú dirás, Ana María, qué diablo de viento nos trajo aquí ¿verdad?... Anda, agradéceselo á Clarita que se empeñó al pasar que te invitásemos á ir con nosotros.

ANA (Cariñosamente.) ¡Pobrecita Clara y qué buena!

CRIS. No puede usted matar tranquilo sus vencejos, Coronel.

COR. Mas hubiera sentido la visita en otra hora. Ya me iba faltando luz para matarlos á mi gusto, y además el tiroteo y el caer de la noche iban alejándolos del jardín.

ANA Y usted siempre con el propósito de arrancarme á que las acompañe.

AZUL. Entonces qué, ¿piensas asar en casa? Vas con nosotros. Hay reunión en casa de mi amiga la Marquesa.

CLARA Si, venga usted. En aquellos salones hay grandes deseos de que los visite con más frecuencia.

COR. ¡Oh! Hubiese deseado, Cristóbal, que hubieses visto un tiro difícil, un tiro raro, casi absurdo. Mira. (Se dirigen hacia la balaustrada, dando á entender el Coronel en sus ademanes que le va explicando el tiro.)

ANA No; no, tía; no se canse en insistir; es inútil. Estoy triste y todo me aburre, todo. Bien sabe usted cuanto quisiera acompañarles. Hoy solo les serviría de estorbo. Vaya usted con Clarita, cariñosa, feliz, llena de esperanzas y de sueños

rosa... Yo quedaré contenta con saber que se divierten.

AZUL. No, Ana María; ahora es cuando más siento que tú no vayas. Pensar lo que te quieren, lo que te desean, y tú tan apartada, tan lejos del mundo, tan lejos de nosotros...

CLARA ¡Si usted viese como se están animando á estas horas los salones de Squirna... Ahora se hace música y se charla. Se comentan las peripecias de la carrera del domingo, una carrera lucida, expuesta, valiente, que tiene incidentes interesantísimos, ó se oyen los relatos de la última cacería. La de anteayer, en Piedras Blancas, fué interesantísima. Quizás su marido esté enterado, ¿verdad, Coronel?

COR. ¿De qué hablais?

AZUL. De la cacería de Piedras Blancas.

COR. No se nada; me limito á encerrarme en el jardín y ensayar mi escopeta tirando á los vencejos.

CLARA ¿Y usted, Cristóbal?

CRIS. Tampoco se nada. ¿Por?...

CLARA ¡Ah! Fué interesantísima. Se cuentan escenas llenas de bravura y arriesgo, como la de un jabalí que destrozó varios perros y que después mató Sir Rodolfo Levisson.

CRIS. ¿Sir Rodolfo Levisson? ¿El cazador de osos?

COR. Si; ahora dice que desprecia los osos porque quizás los osos le desprecien á él. Recuerda, Cristóbal, la tarde que cazó con nosotros en La Sierra. El, Sir Rodolfo Levisson, el intrépido cazador de osos, fatigado con la lengua fuera, embobado con la escopeta en la mano y temeroso con el chillar ó el volar de una pieza que se descubriese cerca.

CRIS. En verdad que estaba graciosísimo el intrépido Sir Rodolfo. Con su escopeta reluciente, su traje flamante, su canana repleta, y sus alimentos concentrados, me hacía la ilusión de una persona que acabase de salir de una tienda de armas, donde había pedido que le hiciesen cazador.

AZUL. Y seguramente que al salir con sus flamantes atavíos, se sintió ya *intrépido cazador de osos*. (Ríen.)

COR. Eso ténganlo ustedes por seguro; pero yo quisiera mucho que le hubieran visto correr tras de una liebre que nos saltó así... como saltan las liebres... de improviso, y que dejó helado á Sir Rodolfo.

CLARA Sin embargo, anteayer se cobraron algunos ja-

balíes. Verdad es también, que la Marquesa de Arión nos contó que los criados les chamuscaron el pelo de lo lindo, antes de dispararles en las esperas.

AZUL. (Levantándose.) Lo cual cambia, y dice poco en favor de la intrepidez de *nuestros cazadores de osos.*

COR. Naturalmente, señora.

ANA En cambio, no dirán ahora lo mismo en casa de la Marquesa. Todos serán intrépidos, infatigables.

AZUL. Sí; á pesar de los flamantes atavíos y de los alimentos concentrados. Verdad es que en cambio son tan amables, tan correctas, tan atentas todas las personas que cruzan aquellos salones.

CLARA. Tan atentas y tan amables, que todas ríen como ríe allí todo... todo...

AZUL. Bueno, Clarita, da un beso á Ana María. (Clara y Ana se besan.)

CRIS. Pero, qué, ¿ya se van ustedes, ya se van tan pronto?

AZUL. Que hemos de hacer? Ana se empeña en no venir y nos esperan.

CRIS. Antes verán ustedes mi adorado paseo de los rosales. Saldremos por cerca de la fábrica y así cojen ya la calle recta á casa de la Marquesa.

AZUL. Ana María, te excusaré con las amigas, mañana no te olvidaré y vendré á pasar contigo la tarde, pero hay que no aburrirse y entristecerse sin razón y sin razón sepultarse en casa como en un convento.

ANA Mañana las espero. (Salen Señora Azulmar, Clara Castañar, el Coronel y Cristóbal.)

ESCENA IV

ANA MARÍA mira con tedio y tristeza grandes á los que se marchan y hay en su rostro un gesto de desagrado.

ANA Que no me aburra y no me entristezca sin razón...! ¡Claro! Puede que también la Señora de Azulmar diga, como Cristóbal, que mi marido es un hombre de bien, un alma de Dios. Qué fácil es ser entonces *hombre de bien, alma de Dios!* Con no robar al vecino, ni desbalijar en una encrucijada con el trabuco al pecho, ni haber llevado nunca el grillete, todos se creen almas de

Dios, hombres de bien. ¡Condenamos los actos tan egoistamente porque tenemos unos ideales mezquinos, de volar muy raso! ¡Hombres de bien, hombres de honor! ¡Que asco dá este azul del honor que tiene tintes de fango! (Pausa. Mirando al jardín.) ¿Cómo? Augusto en el jardín? ¡Y viene hacia aquí! (Suspirando.) ¡Ah, feliz y desgraciada de mi, que me entrego en brazos de las tempestades todas que se agitan en mi corazón, huérfano de amores!

ESCENA V

AUGUSTO y ANA MARIA

AUG. (Inclinándose levemente.) Ana María...

ANA Augusto. (Pausa) ¿Por qué no me has obedecido? ¿Cómo te atreves á venir á esta hora exponiéndote á despertar la fiereza de los celos y de las (Subrayando la frase con asco.) suposiciones monstruosas si mi marido llegase?

AUG. Perdóname, pero he venido á impulsos del corazón. Hay veces en que no es uno dueño de sí mismo, en que procede ciegamente, llevado quizá en ese pegaso sin riendas, de crín agitada, suelta al aire, que se llama locura, delirio. Venía á impulsos del corazón porque tenía gran sed de oir tú voz, de estar á tú lado, de embriagarme en toda tú hermosura, hasta de libertarte del espionaje cruel de Cristóbal...

ANA ¿De Cristóbal?

AUG. ¡Sí! ¡De Cristóbal! Le he tomado un odio que primero no me lo explicaba. Ahora pienso que le odio porque veo que te acecha siempre como si tuviese derechos sobre tí.

ANA (Sonriendo.) ¿Derechos él? ¡Oh! ¡Estás celoso! ¿Celoso tú? ¿Pero cómo puedes envidiar la cariñosa, hermana intimidad de Cristóbal, si tú y yo aspiramos á un mundo más alto, á un mundo lleno de encantos superiores?

AUG. Ya lo sé, Ana María. Comprendo que no puede haber comparaciones entre los dos. Mas si un afecto de igual naturaleza originase nuestra rivalidad ¿por cuál de los dos te decidirías?

ANA Puede que por el más antiguo...

AUG. O por el más intenso.

ANA No lo sé; pero, Augusto, no temas que te pida nunca que me ames como Cristóbal.

AUG. Con tantos misterios y tantas rarezas cada vez voy viendo más confusamente en el carácter de Cristóbal.

ANA Es que no le conociste como yo; es que no conociste al muchacho reservado, melancólico, poco expansivo, cuya timidez parecía marcarle una corona de dolor en la frente entristecida, sombría siempre.

AUG. (Con leve humorismo) ¡Oh, te advierto que esos son todos los rasgos del espíritu recogido, del *tipo-filósofo!*

ANA Así era él; así fué él para que las gentes le humillasen. Entonces su carácter se llenó de nubarrones cada vez más negros; una gran timidez heló todas sus facultades; llegaron á infundirle asco y desprecio hacia sí mismo y en su juventud, en su niñez casi, vió la vida tras el cristal de sombra...

AUG. ¿Y le conociste entonces?

ANA Entonces. Era yo tan desdichada también que los dos nos comprendimos, y me acuerdo que un día, el pobre, juró que si vivía era solo por mí y para mí.

AUG. Tú fuiste, pues, el primer lazo de aquella existencia.

ANA El primero y el único.

AUG. Entonces; ¿cómo os separásteis en la vida?

ANA Cristóbal marchó á países lejanos á luchar, á trabajar, y á mi me obligaron, casándome, á obedecer intereses y delicadezas de familia. Después supe el casamiento de Cristóbal.

AUG. Nunca oí hablar de su mujer.

ANA Ni le hables jamás. A otro también estaba destinada, y el pobre Cristóbal fué muy desgraciado. Después, muerta su mujer, probó de vivir solo pero la soledad agravaba sus males.

AUG. No sería feliz ¿verdad?

ANA Buscando felicidad vino á estas playas donde él encontraba sosiego, paz. Vió á mi marido y le demandó un hueco, un refugio al lado nuestro, un poco de cariño que no encontraba por todo el mundo.

AUG. Es curioso. ¿Y el Coronel?

ANA ¡Ah! En los primeros meses tuvo una confianza nada más que aparente. Después, cuando comprendió todo el cariño, todo el respeto de Cristóbal, se afirmó su tranquilidad.

AUG. Lo peor es que Cristóbal se engañe jurando que nunca estuvo enamorado de tí...

ANA No se engaña. Su amistad es ya costumbre. En otros tiempos fué generoso cuando se encargó de ayudarme en mi niñez.

AUG. Entonces le querías por lo que él te quiere hoy, porque lo necesitabas.

ANA Sí; pero cuando era niña yo quería más por instinto que por corazón.

AUG. Como él ahora, hombre ya, te quiere más por corazón que por instinto. Te necesita, porque es el único cariño que encuentra, la brasa única que mantiene algún fuego en su alma.

ANA En su alma, solo en su alma. No mira más que á su interior. No repara más que en sus lágrimas. No sabe que hay más gentes huérfanas de cariño. No vé los muchos corazones que en el mundo lloran. Por eso ¿qué le importan á Cristóbal (lentamente) ni mi corazón, ni mis tristezas, ni mis secretas angustias...?

AUG. ¿Tú corazón, tus angustias? (Sorprendido.) ¿Te entristeces? ¿Por qué? ¿Por qué te has puesto triste?

ANA ¡Ah! No me atormentes ahora preguntándome.

AUG. Pues bien, yo lo sé Ana María. Sé por qué estás triste porque sé toda tú historia, toda tú vida, esa vida tuya que va unida á la mía desde que tú marido me dejó ensangrentado á tus pies aunque él, celoso, sufría más que yo...

ANA ¿Sufría más que tú?

AUG. Sí, sufría más que si tuviese mis heridas, viéndote á tí que buena y generosa me curabas las heridas con un cariño que no tuviste nunca para tu tirano, (en voz baja) para el *miserable*.

ANA ¡Calla, por Dios! Calla porque me recuerdas que soy culpable... ¡Si él te oyera! Yo no quiero que hables mal de él... yo no le odio, le estimo... le amo.

AUG. No, no me engañas, no. Tampoco puedes engañarte tu misma. ¡Qué trabajo, que trabajo te ha costado el decir esas frases! Parecía que salía con éllas, arrancado, el corazón tuyo.

ANA (Suplicante.) ¡Él es mi marido...!

AUG. Tu marido no, tu tirano, tu déspota, á quien temes. No me engañas, no, Ana María, porque yo que te miro con ojos distintos de la gente que pasa te conozco toda entera. Hoy estás enferma, triste, y si hubieses sido mía, llevarías salud y alegría de vivir en el corazón.

ANA (Suspirando.) ¡Quien sabe...!

AUG. Te lo aseguro yo; yo que te hubiese amado tan-

to, tanto, que me habrías amado también; y cuando sufrieses, cuando tuvieses el corazón herido, sabrías buscar el mío.

ANA ¡Tengo frío, mucho frío en el alma!

AUG. En mi hubieses encontrado sangre generosa, sangre brindada á tí, la sangre que palpitaría en mi alma después de correr por las venas en ríos hermosos, que cantarían sus corrientes como un canto sagrado que te acariciase y que te adorase siempre, al temblar cegador del sol y al sueño de la noche, cuando los dos nos durmiésemos mirando las estrellas.

ANA (Separándose.) ¡Basta, basta! ¡No hables así! ¡Yo no merezco ser tan dichosa! Yo no debo ni puedo amar. ¡Alegrías para mi, cuando pienso muchas veces en morir con una tranquilidad y un descanso muy dulces...!

AUG. ¡Morir! ¡Morir tu, Ana María! ¡Morir sin haber vivido, sin haber amado! Nó, tu no morirás porque te cruzaste en mi camino y en las tempestades del corazón fuiste tu el faro que marcabas mi rumbo seguro sobre el agua negra, enteneblecida, y entonces la esperanza de conseguirte impulsaba mi corazón y parecía decirle: «Sigue adelante, siempre adelante, por este sendero de tristezas, de dolores, sembrado de espinas, que encontrarás unas manos rosa que caigan como flores de bendición sobre los pies heridos y los laven y los perfumen y los alivien.» Tu corazón es gemelo del mío.

ANA Los hombres y las leyes y las fuerzas del destino, no han querido que lo sean en la vida.

AUG. Pero ¿qué nos importan los hombres y las leyes y las fuerzas del destino, si puedes amarme todavía? Piensa en que fué solemne el momento en que nos unimos, que no son vulgares las circunstancias que nos juntaron... Hay veces en que no temo por tí pensando que es tal el encanto de tu cuerpo delicado, que debe escaparse de entre los brazos feroces de tu marido. Te recuerdo tan hermosa, tan blanca, tan melancólica, como al abrir los ojos el día en que tus manos lavaban mis heridas; el día en que tu marido, tu dueño, me arrastró ensangrentado hasta tus pies, diciéndote: «para tí.» Y ahora ya nada puede separarnos. (Trata de abrazarla.)

ANA (Levantándose asustada.) ¡Puede separarnos él! No le conoces; es un hombre que no conoce el per-

dón; antes que dejarse engañar... te mataría (Se inclina sobre Augusto, llorando.)

AUG. (Abrazándola.) ¡Matarme! ¡Venga! ¡Venga á robarme este instante de felicidad! ¡Yo le desafío!... Te juro ahora, ser tuyo en cuerpo y alma, te consagro toda mi vida, toda mi sangre. No temas que en manos de tu tirano esté mi muerte. No; no temas. Tampoco yo temo por tí, pues tu me llevarás á mi dentro del corazón y seré yo el que me interponga entre los dos para separarte del tirano. Si es preciso te arrancaré de entre sus garras. ¿Quiéres... que le mate? Dime que me amas... y seré su asesino si le condenas á muerte...

ANA ¡Oh, no! ¡Me haces temblar! ¡No digas eso! Si quieres matar á alguien, mátame á mí. He vivido en esta hora toda una existencia, y no deseo nada más... nada más...

TELÓN LENTO



ACTO SEGUNDO

Sala lujosa. Muebles austeros. Una gran lámpara eléctrica, en el centro, ilumina la sala con las últimas luces de la tarde, que va muriendo tras la gran galería.

ESCENA PRIMERA

SRA. DE AZULMAR, ANA MARIA y AUGUSTO VALLE

AZUL. (Entrando seguida de Augusto Valle.) Estamos asustados. Nos sorprendieron con la noticia en casa de la marquesa. Allí la contó Sixto Ordoñez. ¡Ah! ¡Parece el hombre trágico! No dá mas que las malas noticias. Primero no queríamos creerlo. ¡Claro, como él es así! Además, que tu marido se aventurase á los peligros de una cacería, él, hombre equilibrado y tan apartado ya de esos trotes, nos resultaba difícil creerlo. Después llegó mi hijo que confirmó la mala noticia.

AUG. Sí; yo la oí en los salones de la viuda de Villaviciosa. Hasta creo que ya la dá el «Mundo Sportivo», esa revista nueva.

AZUL. ¡Valiente gracia! Si las revistas de *sport* ván á narrar los incidentes sangrientos del mundo que se divierte – ahora este automóvil incendiado ó despanzurrado, después esta ó la otra desgracia en una cacería ó en una carrera – á cualquiera se le vá á ocurrir montar en un automóvil ó echarse la escopeta á la espalda.

ANA Tiene usted razón, señora. Es una peregrina manera de *fomentar* el *sport*.

AUG. Como que si las desgracias continúan van á surgir aquellas caricaturas, algo macabras, pero muy en carácter, que satirizaban á nuestros ferrocarriles y en las que los viajeros iban acom-

pañados del ataud eorrespondiente. Los automóviles van exigiendo esa previsión.

AZUL. Pero, vamos á ver, Ana María, euéntame lo que ha pasado.

ANA. El ineidente se narra en euatro rasgos. Mi marido y Cristóbal se me habían adelantado galopando sus eaballos tras un jabalí. Desapareeieron tras unas matas, y oí unos gritos. Al llegar encontré á mi marido tumbado en tierra y herido; un jabalí había hecho frente y le había derribado.

AZUL. ¡Por Dios, hija, eréeme, no salgo de mi horror! Pareee que siento calofrios como si huviera visto la escena. ¡Vaya un rato que habrás pasado! ¡Yo no sé eomo hay gente que tenga el mal gusto de cazar. También éste (Dirigiéndose á Augusto.) tiene grandes aficiones que yo le prohibo, aunque inútilmente. En cambio, á mi segundo, Fernando, le dá por cazar, ó por que le eaeen, en el tapete verde del casino. Es una mala diversión esa de la ruleta y del *bacarrat,* pero hija, después de oirte, estoy mas tranquila eon el segundo que eon Augusto. ¡Por lo menos en el easino no corre mas peligro que lo desbalijen de unos pocos cuartos, pero no que lo desangren.

AUG. (Sonriendo.) ¡Por Dios, mamá...!

AZUL. Nada, el mejor día tu nos das un disgusto.

AUG. Pero, mamá! ¿también eres tu de las alarmistas que no temen á Santa Bárbara hasta que truena y además se empeñan en que ha dè estar tronando toda la vida?

AZUL. Mira, Augusto, más vale tarde que nunca.

AUG. Eres muy exagerada, mamá. Fíjese usted, Ana, que con el mismo rigor y la misma injustieia con que juzga mis aficiones califica también las de Fernando.

ANA Sí, pobre Fernando...! Los muchaehos tienen que divertirse y Fernandito pasará el tiempo persiguiendo la suerte loea. No aventura su fortuna y se entretiene.

AUG. Naturalmente. A mamá puede que le agrade mas mi otro hermano, Carlos, que está envejeciendo con las chifladuras que le hacen eometer los libros.

AZUL. Es más formal que Fernando y que tu.

AUG. ¡Formalidad, formalidad! ¿Pero tu quieres formalidad, seriedad, gravedad, euando se lleva juventud en la sangre?

AZUL. Lo que no quiero son locuras.

AUG. Si no son locuras, mamá. Es lo que la edad pide, es la época que todos debemos vivir y no desaprovechar. Pues si Fernando y yo (Con ironía.) fuéramos como el otro hermanito que le da por garrapatear cuartillas y leer á cuatro filósofos chiflados y á una cuerda de poetas melenudos, que le quitan la salud y la alegría, podíamos poner en casa este letrero: «Manicomio».

ANA Su hermano es muy bueno. Todos dicen que es muy listo, que promete mucho. Se comenta con muchos elogios su última novela.

AUG. Sí; pero sus libros son vividos en los libros; no en la vida. Asi son tan agudas sus chifladuras. Hace poco, le dió por estudiar á un filósofo ruso, un pobre señor que en esta época de lucha y de egoismo, pretendía arraigar la doctrina de Cristo. Se hizo su discípulo y entre otras rarezas le dió por despreciar los manjares finos. Nada de carne, nada de vinos. Muchas verduras y mucha agua fresca. Nada de lujos y de camas cómodas. Camisas sin almidón y una tabla dura para dormir.

ANA ¿Y á que se cansó enseguida y abandonó al maestro?

AUG. Lo abandonó, pero para cometer otras chifladuras. Leyó á los *superhombres* y pensó todo lo contrario que antes. Nada de bondades, desprecio de la masa, exaltación de la personalidad. Nada de verduras y en cambio muchas carnes y mucho vino para sentirse sanguinario. (Riendo.)

AZUL. (Disculpando.) ¡Tu si que eres exagerado!

AUG. ¡Sí, mucho! Chifladura rematada se necesita para creer á todos esos trapaceros de la filosofía. Ni tanta bondad que cuando nos dén una bofetada volvamos la otra mejilla, ni tantas entrañas de tigre para no ayudar al caido en el camino. A pesar de mis exageraciones--como tu dices, mamá--el *hermanito* ha llenado las paredes de su despacho con los retratos de esos caballeros que no son más que unos deliciosos *posseurs*. El filósofo ruso - el de la bondad – con una beatífica cara de apóstol. El filósofo alemán, el superhombre, con la melena alborotada y con feroces relumbres en los ojos.

AZUL. En cambio tu tienes unos bonitos cuadros en el despacho. Todos retratos de *danzantas*, actrices, cantadoras, equilibristas, amazonas de circo. ¡Hasta una domadora de leones...!

AUG. Es que las mujeres son tan hermosas...! Por lo menos no son tan antipáticas como esos señores, feos, ajibados, calvos, miopes, que traen las manos manchadas en tinta y tan infelices que pretenden conocer la vida por la gran biblioteca de su despacho. ¡Qué cuadro más hermoso el de una mujer de alma de sol, que sobre los libros llorones de los filósofos pesimistas, bailase la alegría de unos tangos!

ANA No piensa el mundo así.

AUG. Ya lo sé que no. Las gentes no pueden vivir sin ídolos, sin señores inmortales. Si no los tiene, los inventa y cuando no los encuentra, los hace nacer en los huertos. Hay por ahí *ilustres señores, sapientísimos señores,* que de seguro nacieron en un huerto, por aquello de que en los huertos nacen también las calabazas.

AZUL. ¡Ay! ¡Me enciendes la sangre con tu irrespetuosidad, tu despreocupación y tu desprecio para todo!

AUG. (Sonriendo bondadosamente.) Mamá, es que estoy menos loco que el intelectual de mi hermano.

AZUL. (Levantándose.) No sé, no sé cual de los dos estará más... Pero, Ana, ¿y tú marido? ¿Dónde está ahora?

ANA Se levantó un momento para ir á su despacho. Quizás no se haya acostado todavía.

AZUL. ¡Ah, voy á verle! ¡El pobre, tan trabajador siempre!

ANA (Levantándose.) Mire, por aquí. (Abre puerta lateral por donde sale Sra. Azulmar.)

ESCENA II

ANA MARIA y AUGUSTO

AUG. Vine con mamá para alejar toda sospecha.

ANA ¡Oh! Eres habilísimo.

AUG. Es que no quiero que me falle ninguna de las cosas que intento. ¡En qué obra, sobre todo, pondría yo más empeño que en ésta en que está interesada tu felicidad y la mía!

ANA Gracias, Augusto, gracias. También yo me encuentro con todo el temple de espíritu para desafiarlo y soportarlo todo.

AUG. Todo lo desafiaremos porque veo que no te detienes, que no vacilas, que no te asustan las más crueles pruebas.

ANA Ahora pasa una gran tempestad por nuestros negocios. Estamos casi arruinados y en el desastre habrá que vender la fábrica.

AUG. Ahora no pienses en nada de lo que aquí te rodea. No dudes tampoco cuando te asalte algún temor por los peligros que puedan amenazarnos. Esta noche, enseguida, cuando menos lo presuman, saldrás, y de madrugada... hay buques en el puerto que se hacen á la mar. Todo es fácil. Ahora solo pienso que serás mía, que lo serás muy pronto cuando te arranque de esta prisión miserable. Tu ya eres mi amante, mi compañera, mi dueña...

ANA (Desasiéndose de los brazos de Augusto.) Suéltame. Siento pasos en la escalera del jardín... por el pasillo... debe ser Cristóbal.

ESCENA III

DICHOS y CRISTÓBAL

ANA (Disimulando su emoción con un gesto apacible.) Como se conoce el amor que guardas á tus rosales.

CRIS. Sí, es verdad. Me detengo siempre á contemplarlos y á quererlos. Son el refugio de mi alma errante y huérfana de amores. Ya ves, Ana María, son tan... buenos...! Cuando paso entre sus aromas y entre sus flores parece que en ellos flota mi alma, mi gran alma de niño sano y feliz que se perdió desgarrada en los zarzales del camino, mi alma rosada y llena de horizontes luminosos, que soñaba felicidades entre las flores de aquella virgencita de nuestro poblacho apartado, solitario y encaramado en alto como un nido; en aquel alto á donde no llegaban las quejas, las blasfemias, los dolores, las maldiciones y (Mirando á Augusto con desprecio.) las infamias de la vida...

ANA (Con frase lenta y cariñosa.) ¡Cristóbal, has sufrido mucho...?

CRIS. ¡Mucho! Y ya ves, encuentro en la naturaleza un cariño grande, intenso, tan intenso y tan grande, que parece abrazar la tierra toda; un cariño que me ha iniciado en una adoración religiosa y profunda, hacia esas flores que nos contemplan mudas en nuestras horas de pesar y en las tempestades y tormentas de nuestro corazón. (Entra un criado.)

CRIA. La Señora de Azulmar que se marcha, y llama á D. Augusto.

CRIS. ¿Pero, aún no se acostó el Coronel?

AUG. Está en el despacho con mi madre.

ANA Sí; cuando se levantó me prometió que volvería á la cama en cuanto dictase algunas cartas al secretario. Después se quedó solo luchando con los asuntos desdichados de la fábrica... (Dirigiéndose á Augusto.) Despídame de su madre, Augusto. (Augusto saluda y se vá por una de las puertas laterales.)

ESCENA IV

CRISTÓBAL y ANA MARÍA

CRIS. Tu marido posée un espíritu recio y sabrá dar vitalidad á sus asuntos y resolver la crisis de la fábrica. Ahí le ves: con su pierna rota ha llegado casi arrastrándose hasta la mesa de batalla. Es una voluntad de triunfador, robusta y maciza.

ANA (Lentamente.) ¡Una voluntad de triunfador...! (Pausa. Mirando por la galería.) ¡Qué tristeza en el caer de la noche, y qué melancolías más infinitas, más ilimitadas, dicen esas luces últimas, esos horizontes, esa brisa que gime en la arboleda...

CRIS. ¡Muy tristes, sí! Pero ahora, Ana María, me dicen á mi una tristeza muy grande, una gran tragedia que solloza en mi corazón y se agita angustiada como si desease llorar francamente, abiertamente. Recuerdo el morir de una tarde tan triste y tan trágica como hoy... Estábamos en esta sala como hoy estamos. Tu sufrías y te atormentaban ideas tristes. Hoy estás también triste, azuzando con tu tristeza la verdad de mis presentimientos...

ANA ¿De tus presentimientos...? ¿Qué quieres decir? ¡Por Dios!

CRIS. Ana María, ¿te acuerdas que te sentiste más mal que de costumbre? Recuerdo que palidecía tu rostro, que se apagaban siniestramente tus ojos, como sintiéndote bajo una fuerte impresión, en que se fuese á determinar un misterio del Destino... «Tengo miedo...» dijiste mientras te agitabas temblorosa. Son tus propias palabras, tus exactas palabras, Ana María.

ANA Ya no estoy enferma y ya no creo en aquellas quimeras.

CRIS. Es que aquella noche nos amenazaba una gran desgracia, una influencia funesta envolvía esta casa.

ANA ¡Dios mio! ¡No te comprendo!

CRIS. Vas á comprenderme. Aquella noche entró aquí... Augusto Valle. (Pausa.) ¿Te acuerdas en qué estado?

ANA (Agitada.) ¡Oh, como hablas, me haces temblar!

CRIS. Tiemblas ante el recuerdo, para mi también muy doloroso, pues el mal fué muy grande y todavía no se alejó de esta casa.

ANA ¿Pero á que mal te refieres?

CRIS. Ana María, ¿creés acaso que no he adivinado el verdadero motivo que guiaba á Augusto á venir por las tardes á esta casa? Augusto venía por las tardes, pero, (Acercándose y en tono bajo aunque recalcado.) volvía por la noche.

ANA ¡Por Dios, no digas eso! ¡Oh, eres muy cruel en tus suposiciones!

CRIS. Más cruel es el recuerdo de aquella noche. Parece que estoy viendo ensangrentado á Augusto, y á tu marido pálido, asaltado de suposiciones celosas, pero muy seguras, tenderlo á tus pies diciéndote: «para tí.» Y es más cruel el recuerdo cuando pienso que tu marido, el pobre de tu marido, que después creyó en un error, no estaba equivocado...!

ANA (Agitándose y llorando.) !Oh, qué mal me juzgas, Cristóbal!

CRIS. No, no te juzgo mal; es que advierto el peligro, veo el hoyo á tus pies y quiero separarte... ¡Y si supieras...! Hay veces que temo que ya sea tarde. (Abrumado de dolor. Ana María se aleja llorando.)

ESCENA V

CRISTÓBAL, solo

CRIS. Es enorme el dolor, la acometida fué brutal, pero su llanto parece que vierte fuera de si todo el mal de su culpa, y en el llanto se filtra de posos el corazón. ¡Oh, (Horrorizado.) parece que veo en su alma un surco sangriento, jugoso, donde yo hundí la cuchilla de mis verdades; parece que siento en el corazón mio erguirse altivas tantas flores santas, castas y venerables, que la desdicha salpicó de lodo en el corazón de Ana

María. ¡Pobre Ana María! ¡Pobre niña inocente y buena, que amé tanto en mi querida isla Azul! ¡Pobre niña, sometida al martirio de un divorcio espiritual con su marido! ¡Pobre romántica, llena de ensueños y de celajes quiméricos, de visiones amables, de rosas de terciopelo, que acarician y no tienen espinas...

ESCENA VI

CRISTÓBAL y EL CORONEL ANDRADE, que entra renqueando, apoyándose en las paredes

CRIS. (Corriendo á ayudarlo.) Es usted un valiente, Coronel.

COR. (Apoyándose en Cristóbal.) Gracias, Cristóbal. ¿Pero no encendieron la estufa? Yo que venía á abrigarme un poco.

CRIS. Se habrá quedado usted helado en el despacho. Llamarémos y la encenderán enseguida. (El Coronel se acomoda en una butaca y Cristóbal hace sonar un timbre.)

CRIA. ¿Qué se ofrece al señor?

CRIS. Que enciendan la estufa. (El criado se inclina reverenciosamente y entra una sirviente que enciende la chimenea y se va.) Aquí, Andrade, reaccionará usted enseguida. El despacho es muy frio, muy destartalado, y después, la inmovilidad en vuestra silla de trabajo y los dolores que sentirá usted necesariamente en su pierna rota...

COR. No; no son las heridas de mi pierna rota ni el frio lo que á mi me abruma. Son tantas las preocupaciones de mis negocios, que me absorven á mi mismo y me pierdo y parezco deshacerme y fundirme en la corriente del desastre de mi fábrica, contra la que voy luchando y luchando, aunque ella sigue implacable é impetuosa queriendo arrollarme.

CRIS. Tiene usted una voluntad robusta y puede vencer.

COR. Sí; pero los reveses de la suerte son muy duros, y el huracán pasa desbaratando todos mis planes, destrozando toda mi obra.

CRIS. Pasará el huracán y vendrán dias de ventura, dias de fortuna expléndida. En los campos pasan días en que los hombres abren la boca como lobos, y rugen desde el fondo obsçuro y frío de sus covachas, en donde ni siquiera hay lumbre.

Hay años también que los campos muestran su abundancia y hay pan extenso y dorado que se balancea orgulloso y árboles que se doblan con sus frutos y se desmayan con sus perfumes y sus jugos exquisitos, y caseríos sobre los que ríe el sol y ríen las mujeres y cantan los pájaros...

COR. ¡Fantasía, Cristóbal, pura fantasía! Los aficionados á esas cosas raras de arte pintáis como queréis. Yo tengo una poesía infalible. Mis libros y mis balances anuales y, Cristóbal, en ellos no hay risas, ni cantos, ni flores, ni perfumes.

CRIS. Verdad que es muy seca y muy agria su poesía; pero tampoco se empeñe usted en ver el porvenir cerrado con enormes nubarrones negros. Por lo menos, si hay nubes, confíe usted en un rayo de sol.

COR. No hay esperanza cuando pesa la desgracia sobre nosotros. Ha soplado la mala fortuna y voy empujado en manos de todas las desventuras... ¡Después, hay veces que me encuentro tan solo, tan débil, tan apaleado, tan maltrecho, tan vencido en la batalla, que no tiene uno derecho á volver á la brecha, que no tiene uno fuerzas para tornar á la lucha, porque se vá con el temor, con la casi seguridad de la derrota inmediata.

CRIS. Pero no hay que abrumarse aún ante el desastre. La lucha suya al frente de la fábrica fué honrosísima, heroica. Se defendió hasta el último momento y hasta el último céntimo. Bastante ha hecho usted y puede estar tranquilo.

COR. (Triste y desconfiado.) No sé, no sé. Todo me molesta y todo me entristece y me disgusta... ¡Después, (Con temor y ansiando desahogar.) después, este hielo que encuentro en casa; esta frialdad horrible en mi mujer; su gesto siempre triste y huraño conmigo...!

CRIS. Es su carácter frio, un carácter caprichoso de mujer enferma.

COR. No; no conoces bien su altanería, su firmeza en la sumisión.

CRIS. A mi juicio, Coronel, eso puede ser un defecto, pero no un delito grave. Probará que sea orgullosa, pero no que sea zalamera y traidora. Si quisiera engañar, con levantar la voz, con quejarse como usted quisiera, podría vencerle fácilmente. Una mujer vulgar que no le quisiera á usted, le hubiera dominado sin embargo. Con

proceder tal como á usted le agradase, con respetar sus prejuicios aunque después los pisotease en secreto, la voluntad estaba ganada, porque le hubiera acariciado y le hubiera mordido con el engaño.

Cor. No, su fria obediencia me hace sufrir de una manera horrible. ¡Oh, me pone fuera de mi! Hay veces que no sé si es ella ó soy yo el amo de mi casa.

Cris. Es que usted, Coronel, trata de persuadir y manda. Olvide usted muchas veces sus intransigencias, ceda usted algo en su firmeza y habrá sabido adaptarse al corazón de Ana María.

Cor. En eso, precisamente, veo claro todo su odio hacia mi. Hay veces que expreso mal una orden y mi mujer la hace cumplir sin detenerse en ella, tranquila igualmente á mi bien que á mi mal, como si fuera un autómata que en vez de corazón llevase solo arrollada la espiral de la cuerda.

Cris. Es que se acostumbró usted á imponer su voluntad y su genio á su mujer. Así, ¡claro!, las órdenes de usted irán á veces equivocadas; pero no hay que culpar á la piedra que arroja la honda, sino á la mano que le dió la dirección y el empuje y la lanzó fuera.

Cor. No, Cristóbal; de cualquier modo esto es un sufrimiento cruel y su actitud una injuria sangrienta.

Cris. Una injuria sangrienta, á usted, no, á su amor propio, sí.

Cor. Si procediese bien no sublevaría mi sangre toda. Hay veces (¡oh, me dá miedo decirlo!) pero si... hay veces que me asaltan deseos de matarla.

Cris. (Conmovido.) ¡Coronel...!

Cor. Son unos deseos horribles, que se mezclan con el cariño que hacia élla siente mi corazón. Amo, si, con toda mi alma á esa mujer y hay veces que no sé sí la amo porque sólo la compadezco. Cuando al amanecer la contemplo en su cuarto, la encuentro dormida, tan hermosa, tan tranquila, tan buena, como si fuese una santa. La miro adorándola y si algún rastro de encono se aguza en mi corazón, me sobrecojo y me espanto ante mi mismo mirando la delicadeza de su cuerpo, la palidez de sus carnes y la tristeza que hay en toda su hermosura. Pero descubro para irritar mis nervios su sufrimiento resignado, su rebeldía pasiva, que tanto me subleva.

CRIS. Es que por sistema, encuentra usted hasta en el recuerdo de Ana María, una acusación contra usted mismo, contra usted, que no ha querido dejar de ser con su mujer la gran voluntad acostumbrada á dominar y á mandar siempre.

COR. No, Cristóbal, no la conoces y no sabes como la quiero yo. No conoces la crueldad de su helada rebeldía, de su gesto melancólico que continuamente se me clava en el corazón, su desafiadora rebeldía que viene á encender los celos horribles que me abrasan el alma. Entonces me dan ganas de extrangularla, de arrastrarla por los suelos, de arrojarla á mis piés para ver si borro así el gesto que parece desafiarme siempre... Pero es tan linda, tan blanca, tan débil...

CRIS. Vamos, Coronel, no se ponga usted así; no le conviene disgustarse.

COR. (Fatigado por el esfuerzo de antes.) Sí, sí, Cristóbal..., sí..., pero esa mujer... esa mujer (Asustado y levantándose.) ¿no oyes?... ¡Ladran mis perros en el jardín! ¡Oh! ¿No sientes sus quejidos? ¿No los sientes? (Renqueando y tambaleándose vá hacia la galería.)

CRIS. (Temeroso.) ¡Sí! ¡Es extraño... extraño!

COR. (Abriendo la vidriera.) ¡Una sombra que huye por el jardín! ¡Es mi mujer!

CRIS. No, no es élla.

COR. ¿No es élla?... ¡Sí... es élla!...

CRIS. ¡Es élla...!

COR. (Gritando.) ¡Ana María... Ana María...! (Cae abrumado en brazos de Cristóbal.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Interior de casa de campo en el pequeño pueblo de la Isla Azul. Por una gran ventana se ven lejanías de cielo, en las que va muriendo la tarde.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE MIGUEL, ANA MARÍA y CRISTÓBAL

P. MIG. Sus heridas, señora, nadie más que la religión puede cicatrizarlas. Peligra su alma y mi fin es salvarla. Perdone usted si mi insistencia le resulta pesada, poniendo los ojos en el objeto que guia mis palabras, que es su dicha.

ANA Padre Miguel, la dicha ya no existe para mi.

P. MIG. Existe si tiene fé para buscar el sendero de la felicidad. ¿No levantó todavía los ojos al cielo?

ANA Pesan tanto los dolores de la tierra sobre mi corazón, que lo desgarran y lo aniquilan para elevarse al cielo...

CRIS. Sí, Padre Miguel, hay veces que el cielo está tan alto, tan alto, tan lejos...

P. MIG. Somos nosotros los que nos apartamos y nos alejamos del cielo. Pensando en él con fé, encontramos una tan gran inmensidad que empequeñece, empequeñece nuestros dolores, por grandes que sean.

CRIS. No hace verano la golondrina de la dicha en los corazones muertos.

ANA Ni en mi corazón que se desprecia á si mismo y se destroza desesperado.

P. MIG. ¡Que se desprecia?

ANA Sí: que se odia y que está maldito.

P. MIG. ¡Maldito?

ANA ¡¡Maldito, si, maldito! y... ¡ante Dios lo confie-

so!: me odio por infame, me odio porque recuerdo la muerte de mi marido.

P. Mig. ¡Oh! Tranquilícese usted. ¿Cómo habla así?

Ana Padre Miguel, estoy tranquila, más tranquila que nunca. Ahora siento una gran tranquilidad. Tengo un descanso como si hubiese arrancado un gran peso de mi corazón, y ahora voy á extraer todos los posos que enturbian mi alma.

P. Mig. ¡Escuchó como si estuviese de rodillas ante mi!

Ana Va á proporcionarme un gran alivio, señor cura. Fuí infame sintiéndome halagada por el falso amor del hombre á quien desprecio hoy; de quien el solo recordar que le quise, es recordarme mi vergüenza y mi crímen. Amé más los lirismos de aquel hombre que el trabajo empeñado y silencioso de mi marido.

P. Mig. ¡Loca y desdichada!

Ana Si, tan loca, que al huir de aquel hombre que ya no me inspiraba más que asco y desprecio, al deshacerse el encanto, recuerdo que á la ventura me encontré al lado del mar. Enfrente de aquella agua verdosa, que me brindaba la muerte, el reposo, el olvido, sentí como una ráfaga de tentadora voluptuosidad.

P. Mig. ¿No pensaba en Dios?

Ana Cuando me acordaba y trataba de retirarme de la orilla, parecía que el instinto de la desgracia atraía mi cuerpo. En el mareo que emborrachaba todos mis sentidos, los brazos de un hombre me apretaron el talle, brazos que me arrumbaron luego sobre los restos de una vieja lancha...

P. Mig. Ese hombre evitó que vuestra alma y vuestro cuerpo se perdiesen para siempre.

Ana Ese hombre ha sido Cristóbal.

P. Mig. Le debe usted gran reconocimiento, pues su alma ha estado en grave peligro de muerte. Afortunadamente Dios la protegió. Ya vé cuan grande ha sido el peligro, y—sin embargo—está salva. Piense ahora en sus dolores y espere el alivio de la santa gracia.

Ana No, padre Miguel. El recuerdo de mi huida infame desgarra mi alma, porque mientras buscaba placeres y alegrías para mi, jadeaba el cuerpo enfermo y cansado de mi marido con la muerte. Y cuando volví á mi casa, deshechos los mentirosos celajes de mis locuras, era ya tarde... Mi marido se durmió para siempre en mis brazos, sin recobrar el sentido. Ahora me encuentro

sola, sin apoyo, demasiado débil para luchar contra las tempestades...

P. MIG. Nunca estamos desvalidos si Dios está con nosotros.

CRIS. Hay momentos en la vida, en que se pierden las arenas para poner los pies, llevadas por el oleaje de tantos dolores y tantas miserias.

ANA. El huracán, que ha soplado en mi alma, se lo llevó todo...

P. MIG. En la vida hay siempre caminos para encontrar consuelos y en el mar de lágrimas de la vida, con la vista en el cielo, se arriba á la playa de la felicidad.

CRIS. Pero, señor cura, ¿dónde están los sentimientos que presten las fuerzas para buscar ese camino? ¿No sería insensato el pretender que en una planta seca brotasen flores y tuvieran verdor las hojas?

ANA Mi alma es la planta seca, agostada por el dolor. Todo, absolutamente todo, carece en mi de fuerzas contra mis sentimientos.

P. MIG. (Conmovido.) Señora, está usted perdida, porque volverá á la sociedad para encontrar el alivio á sus males.

ANA ¡Ya no creo en las farsas del corazón!

P. MIG. El dolor sólo es viable en las almas preparadas por la religión y obedientes á las leyes y á las acciones de la sociedad.

CRIS. De la sociedad proceden todos nuestros males.

P. MIG. En el mundo no ha puesto Dios una sola ley de desdicha.

CRIS. Sí, pero los hombres han falseado su obra. Las mujeres son maltratadas cruelmente por esta sociedad, con sus ámplias y justicieras leyes. La sociedad no ha desarrollado más que sentimientos que continuamente engañan, que son una solemne mentira.

P. MIG. Los hombres tenemos que llevar algo de aquella cruz tan despiadada, que llagó las santas espaldas de Cristo.

CRIS. Es que los hombres, Padre Miguel, no tenemos todos la gran alma de Cristo. Si, señor cura, créame usted. El matrimonio, esa base tan sólida, tan formidablemente sólida, de la sociedad, es cruel con la mujer. Para el hombre, la libertad; para ellas, los deberes. El hombre elige y la mujer se somete. El hombre puede faltar. La mujer no.

P. MIG. Son en verdad muy grandes las desdichas, pero

hay que someterse á ellas resignado. (*Comienzan á llamar á oración las campanas de la ermita.*)

CRIS. No: eso nunca. Dios, el Dios que murió por redimir los pecados de la tierra, huyó del mundo, del mundo implacable. El mundo, Ana María, ha roto tus fibras, tus sentimientos, tus deseos, tus esperanzas... todo!

P. MIG. Nada pueden hoy mis palabras contra los escollos que se han formado en vuestras almas. (*Levantándose.*) Ya tocan á oración y otras almas más humildes, menos complicadas, me aguardan.

CRIS. (*Mirando por la ventana.*) ¡Qué felices son todas esas gentes que van entrando llenas de fé en la iglesia, y saben encontrar alivio ahí en la sombra de la ermita, mirando el rostro atormentado de una Dolorosa ó el cuerpo ensangrentado de Cristo!

P. MIG. No lo sabe usted bien. Para hoy preparan una gran fiesta. Las mujeres han vestido los altares, engalanado las imágenes, los hombres se han prestado á todo sacrificio, y los niños han ido á las praderas y han vuelto cargados de flores para la Virgen, envueltos en colores y en aromas. ¡Una hermosura!

CRIS. Lo que yo dudo es que venga un día en que mis males los alivien y los curen vuestras palabras.

P. MIG. (*Ya cerca de la puerta.*) No sabemos como amanecerá nuestra alma el día de mañana.

CRIS. No lo sabemos, no. Si amaneciese para que tuvieran virtud vuestros consuelos, vengan en buena hora, y que yo me aduerma en el recogimiento y en la bondad de las puras ideas de Cristo. Ahora, esperan su bondad, otras gentes menos azotadas por la crueldad de la vida, y felices éllas que encuentran consuelo.

P. MIG. Felices éllas porque piensan en Dios, en el Dios que os guarde.

CRIS. (*Sale hasta la puerta á despedirle.*) Que Él le acompañe, señor cura.

ESCENA II

CRISTÓBAL y ANA MARÍA

CRIS. Hay algo solemne, religioso, en la tarde, que me llega al corazón; como si pasasen las emociones en olas que cubriesen el alma en un momento, y al pasar la ola quedase el alma al descubierto,

como esos grandes peñascos que desaparecen entre el agua y luego surgen y parecen mirar la ola que pasó y avanza, avanza, á morir en el oro de la playa.

ANA Yo he mirado muchas veces al mar y he visto esas olas que acarician los peñascales quietos, mudos, y las he visto avanzar á la playa, y quedar los enormes peñascos babeando hililIos cristalinos, gotas como lágrimas...

CRIS. En lágrimas está ahora mi alma. Y mira, Ana María; siento como un dolor muy grande y como un placer infinito, pero muy cruel. Siento un frescor de paz; frescor de estas lágrimas que enjugan mi alma reseca. La tarde invita á esas confesiones que piden muchas veces las almas, la mia ahora...

ANA ¿La tuya?

CRIS. Sí; es esto para tí el secreto de mi vida; para mi la tortura que ha luchado tantas veces en mi sangre, queriendo soltar las alas en ansia de revelaciones. Y ya ves: no es más que mi historia!

ANA Tu historia? ¿no la conozco ya?

CRIS. No la conoces, no. Atiende, y si te irritan mis palabras escucha solo el rumor del agua que canta en ese estanque que tanto nos dice.

ANA Eramos los dos muy niños cuando jugábamos en ese jardín y entre las rocas de esa playa, cuando teníamos solo por compañeros los tristes pájaros del mar. (Suspirando.) ¡Cuanto recuerdo aquellos años!

CRIS. Los recuerdo yo más, porque te tropecé en la vida como si hubieses nacido para mi solo. Parecías la destinada á secar mis lágrimas; á ser mi compañera en el sendero del dolor.

ANA El mundo nos ha guiado por extraviados caminos, solos, sin que nos adivináramos en las noches dolorosas de nuestro peregrinar por la vida.

CRIS. Por eso recuerdo y amo tanto aquel tiempo. Entonces estimaba yo la vida y no creía, como en muchas horas de mi existencia, que era el vivir una estupidez que aceptábamos los hombres inocentemente. Entonces me dí á pensar que tu ibas á ser la compañera de mi vida, y la hermosura de mi ilusión me hacía ver el mundo menos huraño, lleno de encantos y de risas, y al ver como me querias, me sentí orgulloso para erguirme sobre el desprecio en que me hundían las miserias de los hombres.

ANA (*Mirando al jardín.*) ¡Cuántos días libres, felices. pasamos entre esos árboles, bajo ese cielo!... ¡Cuántas veces nos divertimos chapuzándonos en el agua del lago!... (*Hay una gran pausa, en que se oye el cantar de unos niños que juegan en la calle.*) No oyes? ¡Con que alegría cantan los niños! ¡Qué buenos son! ¡Qué hermosos!

CRIS. Son buenos ahora, cuando son niños. Lo peor es que dejan de serlo cuando van siendo hombres, cuando viene la falsedad á hacernos hipócritas, cuando vienen las conveniencias á castrar nuestros sanos impulsos, cuando vienen los desengaños á ser el amargor de nuestra alma. Yo mismo... no sospechaba que pudieras tu crecer á mi lado, ponerte cada día más hermosa, más que para que yo solo te quisiera y te adorara.

ANA No mirábamos al porvenir, tan cruel y tan caprichoso para separarnos.

CRIS. Tan cruel que el porvenir me arrastró lejos á luchar por la vida, y cuando batallaba anhelante soñando contigo, me hirió la noticia fatal...

ANA ¿La noticia de que me habían casado?

CRIS. Precisamente. ¿Qué feliz me creiais todos entonces, eh? Mirábais todos á mi vida y solo escuchábais los cascabeles y las carcajadas del triunfo.

ANA ¡Te veíamos todos tan elevado, tan contento, tan satisfecho!

CRIS. Es que no reparábais en el amargor de la lucha, en las crueldades del vivir y, sobre todo, en el desamparo en que tenía mi corazón.

ANA Sin embargo, habías *llegado,* habías triunfado!

CRIS. ¡Qué me importaba, que me valía el triunfo! Unos días de estrépito en los pobres cerebros de las gentes, unas voces chillonas en la desacreditada chilleriza de los periódicos. Después..., después otros que despertaban iguales voces, otros que se atraían los ojos de las pobres gentes. En el escenario quedaba del triunfo el guiñapo del recuerdo, el aplauso al que paso después que nosotros ante el halago de las gentes. ¡Un aplauso que era un latigazo! Y sobre los aplausos, el nombre de una mujer, el nombre tuyo, arañándome en el corazón, triunfando sobre todo...

ANA ¿No me olvidaste nunca?

CRIS. Nunca, te le juro. Quise si, borrarte de mi alma, echarte de mi, emborrachar aquel cariño imposible, bebiendo en todos los labios. ¡Y seguía se-

diento, ansioso, más sediento y más ansioso que nunca!.... Y es que sentía toda la soledad y todo el desamparo de mi corazón, veía en mi inútil peregrinar por la vida, los pequeños, fugaces amores, desperdiciados y perdidos en el olvido... Así vine al lado tuyo: Rota el alma; huyendo de tu recuerdo, tan cruel estando lejos de tí; temeroso de mi mismo, porque te quería mucho.

Ana ¡Qué bueno supiste ser!

Cris. Es que cuando llegué pidiendo que me hicieseis un hueco al lado vuestro y vi al hombre con quien te habían encadenado, experimenté una alegría, muy cruel, pero una alegría de que tan necesitado estaba, pensando que tu unión te daba un amo en vez de un marido.

Ana Tu le quisiste mucho después.

Cris. ¡Oh! Sí; pero por eso precisamente. Le quería porque en él no encontré un rival, porque sabía que aquel hombre no podía sentir amor ni inspirártelo á tí. A tu lado sentí revivir violentamente todo mi amor, al encontrarte como yo te había visto en los sueños de mis años, en aquéllos años que iban ya quedando atrás olvidados, obscurecidos con el polvo que mis sandalias levantaban en el camino.

Ana ¿Me querías mucho entonces?

Cris. Te quería tanto, tanto, que en los primeros dias estuve tentado á huir del lado tuyo; mas para mi era imposible el dejar de verte, de respirar el mismo aire, de embriagarme á todas horas en tus palabras. Dime cuenta de los obstáculos que á mi amor se ofrecian, de las desconfianzas que tenía que alejar, del drama que precipitaría con mi amor, y pensé que sería imposible el unir mi vida á la tuya. Juré con toda el alma no olvidar jamás mi papel de hermano y dí tu, Ana María, ¿he faltado á mi juramento?

Ana ¡Oh, no, Cristóbal! ¡Fuiste tan bueno! ¡Yo soy la culpable de todo!

Cris. No; si yo no me quejo de tí; me quejo de los hombres. Tu fuiste buena y noble para mí, solo que no conociste nunca mi alma.

Ana Crístóbal... ¿te habré conocido hoy?

Cris. ¡Quien sabe!; entonces no me conocías. No me conocías, no, en aquellos tiempos fatales y malditos, en que el amor que yo tanto quería lo entregaste á otro. Entonces se derramó el veneno del odio en mi pecho y las llamas de los celos atormentaron y consumieron mis fuerzas todas.

Cuando me dí cuenta de que otro te arrastraba en su destino, me ponía tan furioso que me asaltaban unas ánsias mortales. ¡Y sobre todo, que torpe, que cobarde, que pequeño le veo hoy! ¡No comprendió la dicha que contigo hubiese gozado! En su lugar yo no hubiera vacilado. Hubiese huido contigo al abrigo de las montañas y te hubiera arrebatado á la sociedad para gozar yo solo todo tu cariño.

ANA (Cerca de la ventana.) Si te hubiera conocido cómo hoy, Cristóbal, no le hubiera amado nunca. (Vuelve á sentirse el canto de los niños.)

CRIS. Por eso, si me conoces hoy, ¿porqué lloras? No llores por mí. Tu piedad borra todo el pasado y el presente puede hacer tu felicidad.

ANA (Mirando afuera.) Mira los niños que han venido á jugar á la plazoleta de la ermita. Le interrumpen la fiesta al Padre Miguel... ¡Qué traviesos! ¡El pobre señor cura quiere llevarlos á la iglesia y se escapan para no entrar! (Riendo bondadosamente.) Y los persigue. (Gritando.) ¡Padre Miguel, déjelos usted, déjelos...!

CRIS. Sí, que los deje y que venga. Que venga, para decirle que mirando ahora tu corazón veo el mundo sembrado, no de espinas, de flores; repleto de amor, de felicidad, de armonía...

ANA (Junto á la ventana, con las manos en alto, llamándole.) ¡Padre Miguel...! Suba, suba.

CRIS. ¡Tiene un corazón tan bueno! ¡Y hay tan pocos corazones así! (Van los dos hacia la puerta. Se oyen las notas solemnes del órgano de la iglesia, que se van atenuando moderadamente hasta que el acto finaliza.)

ESCENA III

DICHOS y el PADRE MIGUEL

P. MIG. (Entrando afanoso.) Qué quieren ustedes? ¡Ay, no puedo detenerme! Ya comenzó la fiesta.

CRIS. Se detendrá usted, padre Miguel. Comenzó allí la fiesta y aquí la fiesta de los corazones. ¡También Cristo tenía un gran corazón! Y tu, Ana María, ahora, ante la gran solemnidad de este momento, el Destino pone fin á tu calvario y te une á mi.

P. MIG. ¡Tiene antes que arrepentirse de tanto!

CRIS. No. De nada tiene que arrepentirse. La sociedad le impuso todos sus males y la impulsó por la

cuesta abajo de sus pecados. Joven y llena de ilusiones, estaba destinada á mi al nacer y á los dos se empeñó el mundo en separarnos.

ANA Es que en mi alma ha dejado mi vida huellas de pecado.

CRIS. Tu vida como la mia no ha comenzado hasta hoy.

P. MIG. No puede ser grande la felicidad ni debe fiarse mucho de élla, en el valle de lágrimas de que habló el Maestro.

CRIS. Hay lágrimas, sí; pero por eso no nos empeñemos en decir que la vida es amarga, si no hemos vivido la vida de sol, de azul y de dicha, que el mundo tiene. Pongamos en el amor más esperanzas, mayor altura de corazón y más grande generosidad. Sólo así el amor, moverá libres sus alas, sueltas de la cadena donde pena prisionero el pobre amor, el amor esclavo... *(Telón lento.)*

FIN DE LA COMEDIA

Imp. de Flórez, Gusano y C.ª—Oviedo.

OBRAS DEL AUTOR

DEL DOLOR, drama en un acto *(en colaboración con José G. Vela)*. Edición agotada. Precio, una peseta.

AMOR ESCLAVO, comedia dramática en tres actos. Precio 1,25 pesetas.

EN PREPARACIÓN

LOS ABÚLICOS, drama en dos actos.

AMOR TRIUNFANTE, novela.







